

## HISTORIA DEL LAVADO DE LAS MANOS

El entreacto de la historia de la cirugía durante el cual no existían ya dolores operatorios, no tenía que haber durado forzosamente algo más de tres decenios. Porque el sombrío poder de la fiebre purulenta habría podido ser descubierto y combatido en sus causas, pocos años después del descubrimiento de la anestesia; puesto que el hombre que comprendió estas causas y sus fatales consecuencias, el hombre que sospechó y vio claramente después el camino que conducía al infierno de la fiebre y de la muerte por supuración y además de verlo lo proclamó desesperadamente ante sus contemporáneos, este hombre existió, vivió efectivamente. Pero se rieron, se burlaron de él y de sus descubrimientos, exactamente de la misma manera como lo habían hecho con las ideas de Horace Wells.

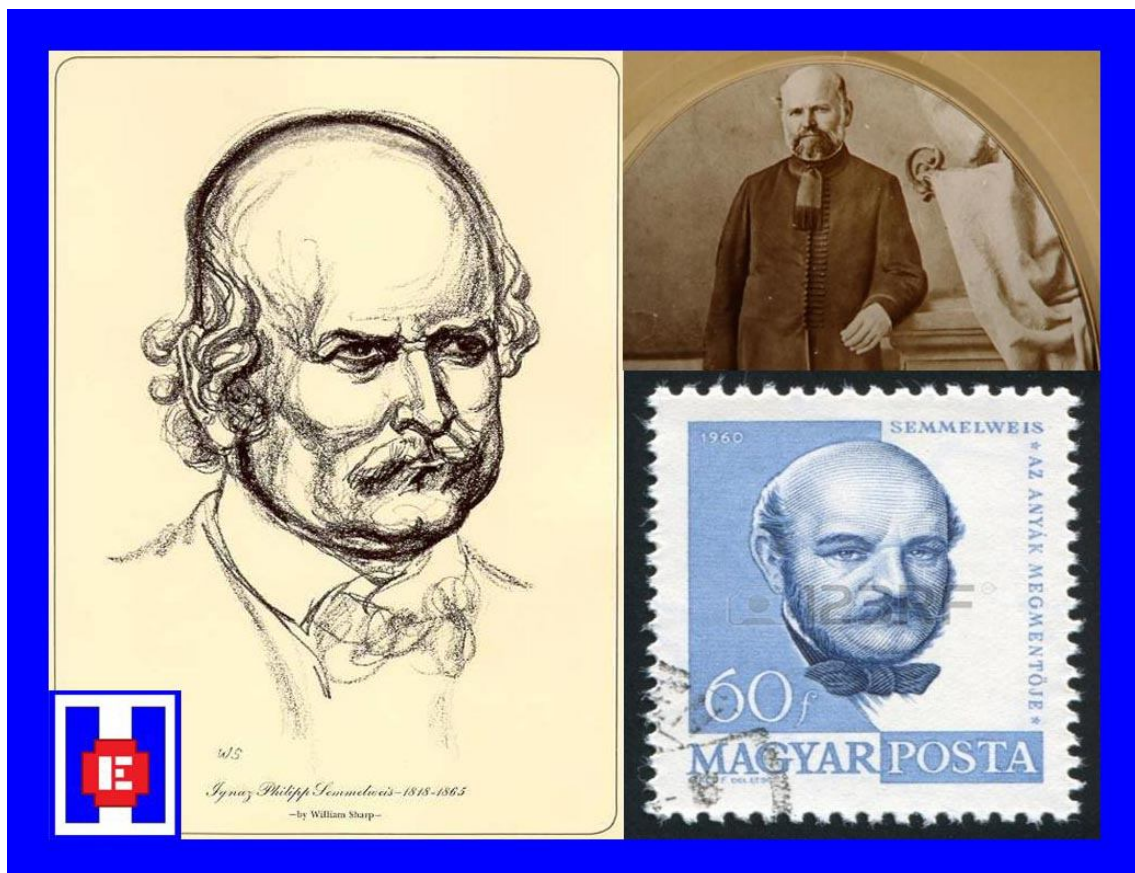


FOTO 001.- Ignaz Philipp Semmelweis. 1818 – 1865. En 1847 descubrió una de las causas de la infección de las heridas en la suciedad de las manos de los médicos.

Aquel hombre se llamaba Semmelweis. La historia de la vida de **Ignaz Philipp Semmelweis** se considera en nuestros días como uno de tantos monumentos de oprobio levantados por médicos y hombres de ciencia, por obra y gracia del menosprecio con que acogieron conocimientos de superior calidad y verdades recién descubiertas.

Es posible que, a pesar de mi juventud, fuese yo uno de los primeros hombres de Estados Unidos que conoció el nombre de Semmelweis. Es muy posible que fuera yo, en virtud de uno de los singulares caprichos del azar que tantas veces han influido en mi vida, nos contaba el cirujano **H. S. Hartmann**.

El 9 de agosto de 1848, es decir, pocos meses después de mi regreso a América procedente de Escocia, recibí inopinadamente una carta de Alemania, que contenía, entre otras, las siguientes frases.

*“Un joven médico llamado Ignaz Semmelweis, que trabajaba en el hospital de obstetricia de Viena, sostiene, en oposición a todas las ideas clínicas de nuestra época, que la fiebre puerperal es consecuencia de la transmisión de las llamadas sustancias infecciosas por las manos de médicos y estudiantes, que, después de practicar autopsias, no se las han lavado convenientemente. Semmelweis niega validez a todo el sistema doctrinal de nuestra medicina y sostiene la necesidad de una rigurosa limpieza de las manos con agua dorada para ahuyentar la fiebre puerperal de los hospitales”.*

## UNA GRAN HISTORIA QUE DEBEMOS REPETIR

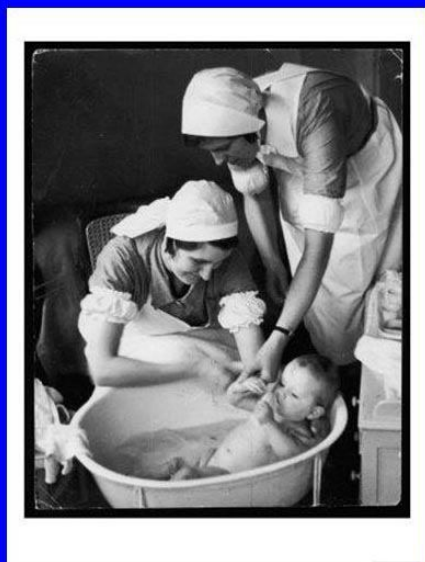


FOTO 002.- Desinfección y esterilización en una consulta de glaucoma de los tonómetros y las lentes de Goldman. Errores adversos. Trabajo presentado por Manuel Solórzano el 2 de julio de 2005 en Marbella, obteniendo el Primer Premio del VIII Congreso Nacional de Oftalmología de la Sociedad Andaluza de Enfermería Oftalmológica.

Dejé la carta a un lado.

No estreché la mano que el destino me tendía. Yo, testigo del descubrimiento de la anestesia, el joven médico que gracias a ella se había convertido en creyente del progreso, no comprendí la importancia de la noticia del descubrimiento de la “infección por contacto” de Semmelweis, que entonces ya, después de haberse vencido los dolores operatorios, habría sido capaz de combatir, en los quirófanos de los hospitales de todo el mundo, a la nidada homicida de las enfermedades infecciosas de las heridas, de las fiebres purulentas, y las epidemias de erisipela y tétanos.

Lo comprendí en medida tan escasa como los prestigiosos médicos que ocupaban las cátedras más insignes de Europa y se burlaban literalmente del joven Ignaz Philipp Semmelweis y que, condenando su doctrina, guardaban los informes de su descubrimiento en los archivos del olvido, como yo había a mi vez arrinconado la carta de Kiel, para no acordarme más de ella.

Hoy, esto parece incomprensible; pero demuestra hasta qué punto todos “con raras excepciones”, somos esclavos de ideas arraigadas o cunado menos de uso común, y cuán difícil nos resulta admitir alguna novedad, sobre todo si ésta nos parece excesivamente sencilla para solucionar arduos problemas.

La historia de este descubrimiento se nos presenta como una epopeya extraordinariamente trágica.

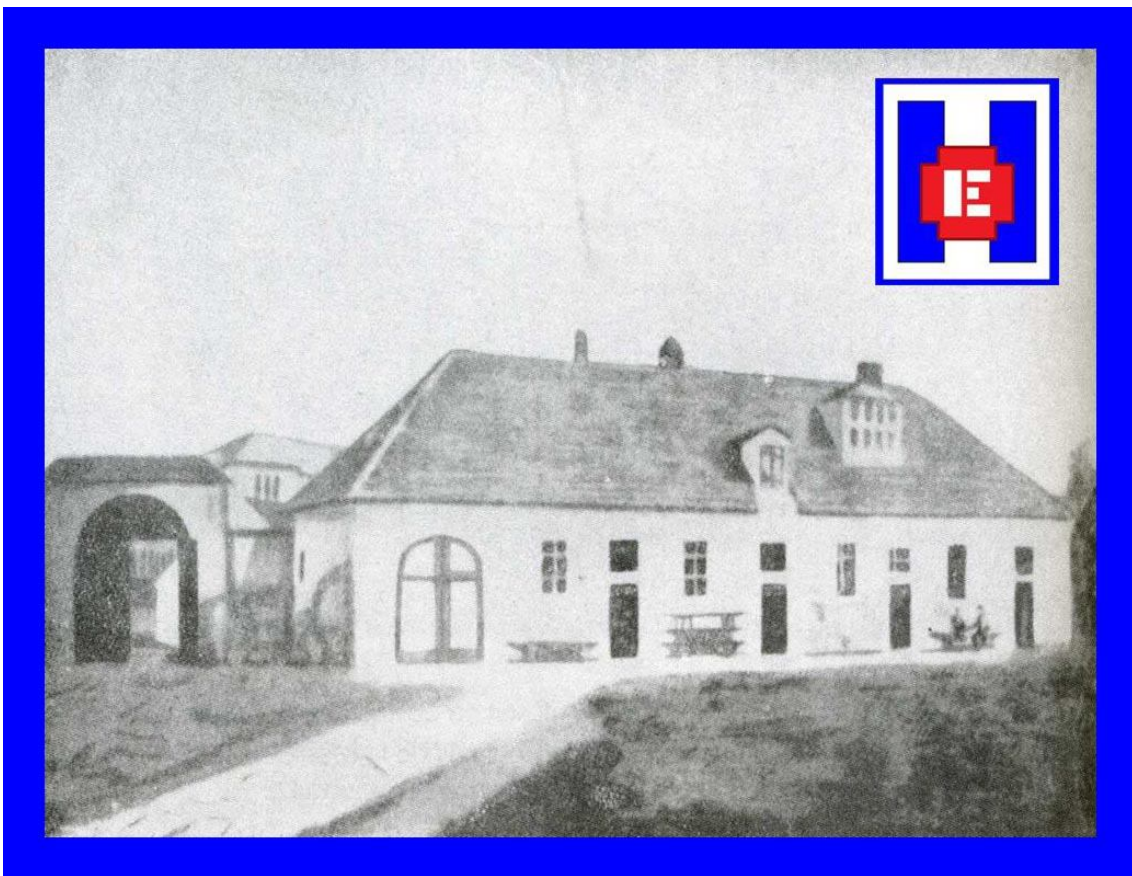


FOTO 003.- El llamado “blocao” del Hospital General de Viena, donde trabajó Rokitansky.

El húngaro-alemán **Ignaz Philipp Semmelweis**, natural de Ofen, que a los veintidós años de edad, en febrero de 1846, ocupó el cargo de ayudante en la primera clínica de obstetricia de Viena, nunca se había ocupado con anterioridad de esta disciplina científica. Cuando Semmelweis empieza su trabajo, la fiebre puerperal no es para él otra cosa que un concepto médico, una consecuencia nefasta y no siempre evitable del parto. La obstetricia de entonces no sabía nada concreto acerca de las causas de la fiebre puerperal, ni del origen de las afecciones de las heridas quirúrgicas. Esta ignorancia y esta resignación es transmitida a Semmelweis por sus maestros, como una fatalidad irremediable, de una manera perfectamente lógica, hasta que él mismo se enfrenta personalmente con la terrible dolencia.



La sección de obstetricia del **Hospital General de Viena** era, por los años 1840, un nido de incubación de la fiebre puerperal. En el primer mes en que Semmelweis se hace cargo de su puesto, en las salas de obstetricia mueren no menos de 36 madres sobre 208. Las parturientas que ingresan en este hospital forman casi siempre parte del grupo designado con el nombre de “indigentes”, con frecuencia destinadas a ser madres “sin la bendición de la Iglesia”.

En aquellos tiempos, las mujeres que se respetaban traían sus hijos al mundo en sus propios hogares. El profesor Klein, director de la Clínica, que veinte años antes había reemplazado al famoso profesor Johann Boer “que entonces era, sin lugar a dudas, el primer especialista de Europa en su ramo”, adopta frente a la fiebre puerperal una actitud estática e indiferente. El propio Boer llamaba a Klein el “menos capacitado entre los incapacitados”, pero no pudo evitar que la protección cortesana designara para un cargo tan importante a un hombre tan falto de imaginación.



FOTO 004.- Desinfección y esterilización en una consulta de glaucoma de los tonómetros y las lentes de Goldman. Errores adversos. Trabajo presentado por Manuel Solórzano el 2 de julio de 2005 en Marbella, obteniendo el Primer Premio del VIII Congreso Nacional de Oftalmología de la Sociedad Andaluza de Enfermería Oftalmológica.

La sección de obstetricia del Hospital General de Viena se halla dividida en dos subsecciones. La primera, que es donde trabaja Semmelweis, está destinada a las clases de obstetricia de los estudiantes de medicina. En la segunda, éstos no tienen acceso. Está destinada a la formación de las comadronas. Semmelweis comprueba que la primera subsección pierde más del 10 % de parturientas por fiebre puerperal, mientras

que la segunda tiene por lo regular un porcentaje de víctimas inferior al 1 %. Semmelweis llega a la conclusión de que si la fiebre puerperal fuese lo que se designa con el nombre de epidemia, el número de víctimas de ambas secciones tendría que ser más o menos igual. Semmelweis no puede explicarse la razón de la diferencia existente. Ante tales razonamientos, Klein se limita a encogerse de hombros.

Semmelweis empieza a investigar las causas de lo inexplicable, una y otra vez se dirige con los estudiantes al depósito de cadáveres y practica la autopsia en cuerpos de mujeres. Y siempre descubre el mismo cuadro: supuraciones e inflamaciones en casi todas las partes del cuerpo; no sólo en la matriz, sino también en el hígado, el bazo, las glándulas linfáticas, peritoneo, riñones y meninges. El cuadro sindrómico tiene un notable parecido al de las afecciones purulentas y quirúrgico-purulentas de las heridas. Después de terminar las correspondientes autopsias, se dirige a la sala de las mujeres, con los estudiantes. Las examina cuidadosamente, tanto a las que en breve van a dar a luz, como a las que están de parto o ya paridas. Enseña a los estudiantes, en cuyas manos está adherido aún el olor dulzón del depósito de cadáveres, los métodos usuales de exploración en aquella época. Pero impulsado por un ardiente e irresistible deseo de saber, practica las exploraciones de una forma mucho más minuciosa de lo que en general es costumbre.



FOTO 005.- Óleo, cuadro del lavado de manos de Semmelweis

Sin embargo, el resultado de su celo no es precisamente la adquisición de mayores conocimientos sobre la enfermedad. Se manifiesta, por el contrario, en un aumento repentino del número de enfermas y moribundas y justo sólo en su primera sección, por lo demás preferida ya de la muerte. La cifra de defunciones de su sección se convierte en el terror de las mujeres que no tienen hogar donde dar a luz y pasar la primera

semana del puerperio. Se resisten desesperadamente a ser llevadas a “la sección de la muerte”.

El carácter de Semmelweis cambia, discute con todo el mundo, se aferra a su trabajo, presa de desesperación, discute a las noches con su compañero de habitación Markusowsky, también discute con Kolletschka, catedrático de medicina legal, que trabaja con él todas las mañanas en el depósito de cadáveres.

A finales de 1846, la mortalidad de su sección llega hasta el 11,4 %, en la sección segunda sólo el 0,9%.

Después de torturarse sin poder descubrir la diferencia entre las dos secciones, escribiría quince años después: “Todo quedaba sin la menor explicación, todo era dudoso. Sólo el gran número de muertes era una realidad indudable”.



FOTO 006.- Óleo, cuadro del lavado de manos de Semmelweis. Litografía de un parto <https://www.imss.org/shop/img/big/semmelweis.jpg>

Estando Semmelweis descansando en un viaje obligado a Venecia, a su vuelta se entera que el profesor Kolletschka ha fallecido por culpa de un corte insignificante que le produce un estudiante con el bisturí en el brazo en la sala de autopsias. Cuando pide ver el acta de la autopsia, observa que es la misma que si fuese la autopsia de una mujer recién parida.

Y Semmelweis se pregunta: ¿no serán también las mismas causas de la muerte de Kolletschka y de las víctimas de la fiebre puerperal? Éste había fallecido a causa de una



lesión en la que el bisturí había introducido rastros de sustancias cadavéricas en descomposición.

¿Llevaron él mismo y sus estudiantes con las manos las mismas sustancias al vientre lesionado de las parturientas, al trasladarse de su trabajo en la sala de autopsias al reconocimiento en las salas de aquéllas? Él se inculpaba y decía: “... sólo Dios sabe el número de mujeres que por mi causa han bajado a la tumba prematuramente”.

El 15 de mayo, bajo su responsabilidad y sin consultar con Klein, fija en la puerta de la clínica un anuncio que dice: “A partir de hoy, 15 de mayo de 1847, todo médico o estudiante que salga de la sala de autopsias y se dirija a la de alumbramientos, viene obligado antes de entrar en ésta a lavarse cuidadosamente las manos en una palangana con agua dorada dispuesta en la puerta de entrada. Esta disposición rige para todos. Sin excepción. I. P. Semmelweis”.

Semmelweis no sabe todavía nada de bacterias, se descubrirán treinta años después, pero él ha dado con el secreto de su transmisión por las manos e instrumentos médicos y cirujanos, secreto que tres decenios después se convertiría en la base de la asepsia.



FOTO 007.- Sellos y monedas conmemorativas.

El jabón, el cepillo de uñas y la cal dorada hacen su entrada en su sección, hay muchos compañeros que creen que “el lavado es exagerado”, y él tiene que estar vigilante para que todos cumplan las normas de lavarse las manos. Reiteradamente se da cuenta de la desidia que tienen sus compañeros y los estudiantes de hacer caso omiso de la norma de lavarse las manos, y provocan en él ataques de furor que de bondadoso le convierten de la noche a la mañana en un odiado tirano.

A finales de 1847 consigue bajar la mortalidad en su sala de un 12,4 % a un 3,04 %.

**¿Pero cuando se había alcanzado antes una cifra tan baja de mortalidad? ¡NUNCA!**

### **Bibliografía**

El siglo de los cirujanos. Jürgen Thorwald. Mayo 2005

Desinfección y esterilización en una consulta de glaucoma de los tonómetros y las lentes de Goldman. Errores adversos. Trabajo presentado por Manuel Solórzano el 2 de julio de 2005 en Marbella, obteniendo el Primer Premio del VIII Congreso Nacional de Oftalmología de la Sociedad Andaluza de Enfermería Oftalmológica.

### **Manuel Solórzano Sánchez**

Enfermero. Hospital Universitario Donostia de San Sebastián. Osakidetza /SVS

Colegiado 1.372. Ilustre Colegio de Enfermería de Gipuzkoa

Miembro de Enfermería Avanza

Miembro de Eusko Ikaskuntza / Sociedad de Estudios Vascos

Miembro de la Red Iberoamericana de Historia de la Enfermería

Miembro de la Red Cubana de Historia de la Enfermería

Miembro Consultivo de la Asociación Histórico Filosófica del Cuidado y la Enfermería en México AHFICEN, A.C.

Miembro no numerario de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. (RSBAP)

[masolorzano@telefonica.net](mailto:masolorzano@telefonica.net)

## **ENFERMERÍA AVANZA**

**HISTORIA DEL LAVADO DE LAS MANOS. Publicado el jueves día 13 de marzo de 2014**

<http://enfeps.blogspot.com.es/2014/03/historia-del-lavado-de-las-manos.html>